

Imitando a Chéjov

Alberto Palacios Santos
1^{er} Premio categoría senior

El año que Elías Álvarez llegó a la Universidad, la ciudad estrenaba farolas nuevas que le daban a las calles una luz amarilla que creaba un ambiente irreal, como si estuviera en medio de una película mal iluminada.

Elías había llegado a la treintena y sabía que llamaba la atención entre chicos y chicas que apenas habían cumplido los veinte. También sabía que siempre llegaba tarde a todas partes, es por eso que estaba allí.

Tardó en habituarse a la ciudad, en acostumbrarse a levantarse por las mañanas y preocuparse únicamente de encontrar una carpeta con folios blancos y un bolígrafo que escribiera decentemente, tardó en familiarizarse con los horarios divididos en fracciones de cuarenta y cinco minutos y a profesores sobre tarimas de madera que crujían a cada paso, odiaba aquellos crujidos.

Alquiló un piso en un barrio de las afueras, no debía llamar la atención y sabía que pronto tendría compañeros que le preguntarían, que se interesarían por él y por sus cosas, así que Elías Álvarez se inventó una vida y la fue escribiendo en un cuaderno. Todas las tardes escribía un rato y pronto hubo dos Elías, o tres, el que asistía a clase, el que vivía escondido en aquella ciudad del sur y el que buscaba a Maika.

Maika había desaparecido el curso pasado, en la foto que manejaba Elías llevaba una camiseta verde muy escotada, dos pendientes con forma de aro y una sonrisa tan amplia que en ella hubiera

cabido el mundo entero. Era hija de un industrial enriquecido desproporcionada y sospechosamente, dueño de varios locales en la parte vieja de una ciudad muy vieja del norte del país. Todo era viejo y a Elías no le gustaba demasiado lo que tenía más edad que él.

El viejo había perdido a su hija en aquella ciudad del sur. Antes de desaparecer estuvo varios meses pasándole una pensión que ella cobraba regularmente, pagándole un ático junto a un parque y mandándole embutidos por correo certificado, hasta que un día aquellos chorizos y aquellos jamones fueron devueltos al remitente y la chica no respondió a las llamadas de su padre.

Acompañado de un par de hombres de confianza, el viejo industrial viajó hasta el sur, llamó al ático donde vivía su hija y, a la cuarta llamada, entró con su propia llave. Allí encontró lo que un padre no querría encontrar en la casa de su hija de veintidós años, allí halló de todo menos a su hija. Después fue hasta el hotel más caro de la ciudad y pidió dos habitaciones dobles, al día siguiente volvió a su ciudad vieja.

El viejo tardó en contratar a un investigador privado. Ni siquiera sabía de la existencia de Elías Álvarez hasta que le habló de él uno de sus hombres de confianza, un gañán apellidado Orejudo que se encargaba de la peor parte de los negocios del viejo. Orejudo había tenido algún encontronazo con Elías y, tal vez por eso, le tenía en buena consideración.

Elías Álvarez conoció al viejo en la trastienda de su local una mañana en la que no se había acostado por culpa de una timba que se alargó demasiado y en la que solo perdió la mitad de su coche; la otra mitad la había perdido la noche

anterior. Elías, sin coche y sin dinero, llegó tarde a la cita, muy tarde.

Al viejo no le gustó nada Elías, y a Elías le dio asco el viejo, así que a la media hora de conversación ya habían llegado a un acuerdo, los dos eran lo suficientemente listos para darse cuenta de que se necesitaban.

No fue difícil matricularse en la Facultad de Filología; Elías Álvarez había estudiado dos años de Criminología y otros dos de Derecho, también estuvo matriculado en Filología Francesa varios cursos aunque nunca se presentó a ningún examen. En aquella época prefería quedarse en casa intentando vivir como Rimbaud o escribir como Camus, no consiguió ninguna de las dos cosas.

Su expediente fue trasladado sin demasiados problemas y, aunque llegó tarde, empezó el curso como un estudiante más. O eso pensaba él.

Tal como previó, Elías tuvo que hacerse pasar por un panoli, un estudiante trasnochado y presuntuoso que pretendía pasar un año en la ciudad estudiando una carrera que decía odiar. Pronto tuvo compañeros tan presuntuosos como él que se le aproximaron, que le interrogaron sobre su vida y que nunca estaban satisfechos con las respuestas. Es por eso que Elías tuvo que empezar a hacerse el esquivo y a simular ataques de ira, no le fue complicado.

Mientras tanto, el trabajo de Elías era buscar a Maika. Estaba claro que no estaba en la Facultad, sabía que no se había matriculado ese curso, pero sus antiguos compañeros estaban sentados en aquellos bancos y era evidente que algunos sabían más de lo que habían dicho a la policía.

Elías tardó más de tres semanas en preguntar por Maika, lo hizo de forma tangencial, cuando una noche tras acudir a una fiesta con botellas de

ron barato en casa de uno de sus compañeros le preguntó a una estudiante de pelo rubio y labios carnosos si había alguna chica por allí con unos labios más apetitosos que los suyos y la chica, después de derretirse, sintió como si una nube pasara delante de sus ojos al recordar a Maika. A continuación, y sin que Elías se lo pidiera, le contó todo lo que sabía.

Elías abandonó a aquella chica en medio de una promesa, regresó a su apartamento de las afueras y puso por escrito todo lo que le había contado. Después sacó de su cartera la foto de Maika, fantaseó con ella un buen rato y sintió dentro del estómago una náusea que no supo si era debida al ron o a la necesidad de encontrar a alguien.

Al lunes siguiente recibió una llamada del viejo, Elías le dio alguna información para que estuviera tranquilo, pero se guardó para él la mayor parte de los datos que le había regalado la rubia. Para contentarlo le dijo, literalmente, que el camino se iba allanando.

Elías colocó la fotografía de Maika sobre la mesa de la cocina y redactó un primer informe para aclarar sus ideas. Al leerlo descubrió un nombre propio que se repetía una docena de veces.

Ese nombre era el de Jorge Hidalgo, un joven profesor asociado con el que, al parecer, Maika había tenido una relación. Según suspiró la rubia, todas las chicas de la Facultad tenían como objeto de deseo a Jorge Hidalgo, algunas –las menos– de forma romántica, otras cuantas como una fantasía poco confesable, las más de forma abierta, como una buena excusa para acudir a clase de Literatura Rusa.

Solo Maika consiguió a Jorge, lo que provocó envidias, risas nerviosas y comentarios envenenados. También tuvo como consecuencia

que el profesor fuera llamado al decanato y obligado a elegir entre Maika y sus clases, evidentemente eligió sus clases y siguió viendo a Maika a escondidas.

Cualquier investigador privado con mayor sentido de la realidad habría ido a hablar con Jorge Hidalgo, hubiera buscado datos suyos en Internet o preguntado discretamente a sus compañeros de departamento. Elías fue a la biblioteca de la Facultad, buscó un ordenador y escribió el nombre del profesor en la casilla de autor de la base de datos.

Jorge solo había escrito un libro en su vida. Un ensayo enorme, un mamotreto de ochocientas cincuenta páginas en letra de diez puntos dedicado a la obra de Anton Chejov.

Elías rellenó una ficha y se la pasó, en medio de una sonrisa, a la bibliotecaria, esta le devolvió la sonrisa con el libro y la copia de su ficha. El investigador alargó su mano hacia el volumen al tiempo que le preguntó a la archivera –unos veintiocho años, cara redonda y ojos azules detrás de unas gafas de pasta negra– si aquel libro había tenido muchos lectores. La chica tecleó en su ordenador y le dijo que era la segunda vez que se sacaba de allí en cinco años, la primera lo hizo en noviembre una alumna llamada María de la Caridad Fuentes. Maika para los amigos.

Elías tardó más de lo que imaginó en leer el ensayo de Hidalgo. Todo un capítulo especialmente farragoso lo dedicaba a hablar de la naturalidad de la escritura del autor ruso. En otro desgranaba hasta la locura la sencillez de la estructura de sus cuentos y en otros dos repasaba la psicología de sus personajes. Cualquiera investigador hubiera encontrado similitudes

evidentes entre varios personajes de Chejov y lo que esperaban encontrar de Maika.

Elías solo siguió leyendo. A medida que avanzaba se sintió abrumado por paisajes otoñales que preludían tragedias, con la personalidad de hierro de héroes discretos que odian la codicia y de campesinos alegres en medio de un destino marcado, de tenderos con sueños mezquinos y funcionarios de vidas grises, de burgueses sin preocupaciones viajando a París para buscar algo que nunca saben qué es.

Cuando empezó con la parte dedicada al teatro, Elías se encontró con una pistola en medio de un primer acto.

Y, en los márgenes del libro, descubrió pequeñas notas escritas en letra redonda minúscula y clara como el mediodía de Moscú, glosas escritas en lápiz que solo podían ser de Maika y que Elías recupera, recolecta con mimo y va a apuntando en un cuaderno.

A veces Elías siente un vértigo difícil de explicar y tiene que dejar de leer.

Los días pasan mientras sigue inmerso en el ensayo, la vida da vueltas alrededor de Elías quien considera un acto de supervivencia tratar de no desconectarse de su entorno.

Entonces decide buscar un lugar en aquella ciudad del sur, un sitio cálido y familiar donde poder agarrarse al mundo. Pronto encuentra una solución fácil, una timba en una calle del centro en la que poder jugarse al póquer el dinero que, todas las quincenas, el viejo le envía como si fuera un hijo malcriado.

Elías acude cada jueves a las once de la noche a jugarse el sueldo y las dietas. En cada partida piensa en los naipes con la intensidad enfermiza del escritor que se concentra en un personaje de su

novela. Se concentra tanto en el juego que, en ocasiones, le surgen del fondo de su cabeza dudas sin solución y soluciones llenas de dudas sobre el caso de la estudiante desaparecida. Parece o tiene la sensación de que alguien se las dicta.

Una mañana Elías aprovecha que sale temprano de una timba para acercarse hasta la Facultad, lo ha perdido todo y lleva el dinero justo para un taxi.

No está seguro de qué clase se imparte a aquella hora, por eso no es raro suponer que, sin pretenderlo, Elías Álvarez se vea en medio de clase de Literatura Rusa.

Y tampoco es raro suponer que el profesor que habla de forma engolada a los estudiantes es el mismísimo Jorge Hidalgo.

Aquella mañana Elías se sentó en la última fila, apoyó los brazos sobre la mesa y abrió los oídos. A los cinco minutos ya tenía una opinión formada.

Hidalgo era un ser repelente, Elías sacó la foto de Maika y la miró con cierto desdén, con cierta rabia, no podía imaginarse a una chica así con un imbécil de ese calibre, con ese profesor con pretensiones de extravagante que solo consigue ser maleducado. Todas las chicas transpiraban y suspiraban cuando aquel ser pasaba a su lado en sus largos paseos de ida y vuelta por el pasillo central del aula.

Elías sintió en el alma llevar casi un mes enfrascado en el libro de un hombre tan lamentable y comenzó a sentirse mal, muy mal, la falta de sueño y el exceso de ron empezaron a hacer estragos en su estado de ánimo y optó por salir de la clase de aquel tipo.

Hidalgo ni siquiera se fijó en él.

Elías Álvarez volvió a casa dando tumbos, sin dinero para un taxi tardó media hora en llegar y, cuando lo hizo, se tiró vestido en la cama. Durmió

toda la jornada y despertó a las once de la noche con sensación de haber dormido varios días. Después llamó al viejo, le dijo que estaba a punto de encontrar una respuesta y que necesitaba dinero con urgencia. El viejo, agrio y harto de él, le negó la pasta y le colgó el teléfono. Elías no tuvo más remedio que volver al libro de Jorge Hidalgo.

Y todo empezó a tomar cierta forma.

En la página 676 Hidalgo analizaba un cuento de Chejov titulado *La Máscara*, y en el margen derecho del libro la misma letra menuda y redonda garabateaba el nombre de una calle de cuatro letras, un número de dos cifras y un piso.

Elías sintió que había llegado a algún sitio de la forma menos literaria posible, apuntó la dirección, cerró el libro y salió a la calle. Volvió a sentir el tono de irrealidad de la luz amarilla de aquellas farolas, apenas era media noche y parecía una hora mucho más avanzada, indeterminada, una hora bastarda que no se encuentra sino en las películas y en los relatos negros. Aquello no era ni una cosa ni la otra así que Elías Álvarez paró un momento en un bar donde mendigó un café con leche a una camarera cuarentona que le pidió que cuando acabara lo que tenía que hacer volviera por allí.

Elías no sabía muy bien lo que tenía que hacer, así que dijo que sí como el que promete algo que ya ha cumplido. Le preguntó a la camarera por la calle de cuatro letras escrita en el margen del ensayo sobre Chejov y echó a andar.

Las sombras que producía la luz de aquellas farolas tenían la consistencia de los fantasmas. Elías, asustado, paró un par de veces para comprobar si su sombra le obedecía, después echó a correr y no paró hasta que se dio de bruces con su destino.

La puerta del portal estaba abierta y, en menos de lo que se tarda en solucionar un caso tan simple como aquél, Elías Álvarez ya estaba llamando a la puerta de un piso demasiado antiguo para guardar un cadáver reciente y demasiado moderno para guardar un secreto.

Le abrió el mismísimo Jorge Hidalgo, llevaba una copa en la mano y su aspecto era más humano que el que presentaba en la clase de la mañana.

-Ha tardado usted en llegar.

Aunque el tono de Jorge Hidalgo es amistoso Elías responde con sequedad.

-No vive muy cerca del centro.

-Me refiero al libro, ha tardado en llegar a la página 676.

Elías Álvarez se siente un tanto desconcertado, mira un instante la copa de Jorge y decide que aquello está a punto de terminar.

-Le sobreestimé, perdí mucho tiempo buscando en el interior del texto, repasando las notas, buscando acrósticos que me dieran pistas más inteligentes.

-A veces la solución más sencilla es la más correcta.

Hidalgo sigue con su tono amable, pero Elías no está dispuesto a entablar una batalla dialéctica, quiere acabar con todo aquello de una vez, buscar un punto final digno para una historia a la que no le ve una salida clara.

-Sin duda. ¿Dónde tienes a Maika?

Jorge no está dispuesto a ponérselo fácil.

-Maika se fue. Una mañana me levanté y no estaba a mi lado.

-Ni sus padres ni sus amigos saben dónde está ¿te dijo dónde se fue?

-No. Maika se cansó de mí y se fue, eso es todo detective, siento que no tenga un buen final para su historia.

Elías decide resistir un poco más, pero sabe que el partido está a punto de terminar y a esas alturas ya no hay posibilidades de una remontada.

-No creo nada de lo que dices.-La vida no es una novela, detective, la mayoría de las veces todo es de una ordinariedad insoportable, por desgracia este es un ejemplo más.

Elías lo sabe, pero quiere quemar su último cartucho.

-¿Puedo echar un vistazo a la casa?

-Desde luego, estaba tomándome una copa de un ron que me han mandado desde la República Dominicana.

-¿Ron?

-¿Le gusta?

-Es lo segundo que más me gusta del mundo.

-Lo he recibido hoy mismo y acabo de abrir la botella, será un placer compartirla con usted.

El año en que Elías Álvarez llegó a la Universidad las farolas le daban a la ciudad un aspecto decadente, como de falso relato negro. A lo largo de tres meses Elías aprendió a vivir en el sur, gastó más de lo que ganó y ni siquiera logró crearse una falsa identidad que fuera creíble. Por supuesto no solucionó el caso y, aunque trató de hacerle entender al viejo industrial que su hija estaba viviendo felizmente en Santo Domingo con un profesor dominicano, no solo no le creyó sino que le juró que si volvía por su ciudad uno de sus hombres –un mostrenco apellidado Orejudo a quien conocía bien– le sacaría las tripas y las utilizaría para alimentar a los cerdos.

El tiempo que Elías Álvarez pasó en aquella ciudad del sur también aprendió algunas cosas que, después, puede que le fueran útiles en su nueva vida, por ejemplo, que nunca hay que escribir notas en los márgenes de los libros,

aunque sea con lápiz muy fino, y que no se debe juzgar a las personas por la primera impresión. Aprendió que el ron de más de diez años apenas provoca resaca y que, irremediablemente, y digan lo que digan los expertos en literatura rusa, Chejov siempre tiene razón.

Si un libro del autor ruso aparece en el primer acto de un drama, sin duda habrá un asesinato en el tercero. Pero si no aparece el cuerpo no hay delito y el cuerpo de Elías Álvarez, como el de todos los falsos detectives, sigue sin aparecer.